

## Biografía Paulie Jaricot

Pauline Marie Jaricot nació en una familia de fieles católicos, inmediatamente después de la Revolución Francesa, el 22 de julio de 1799. Fue la séptima y última hija de Antoine y Jeanne Jaricot, comerciantes de seda de Lyon, una ciudad cuyas raíces cristianas datan del siglo II, y que se gloria de haber contado con el padre de la Iglesia San Ireneo, como su segundo obispo. Pauline fue bautizada el día de su nacimiento. Sus padres le pidieron a un sacerdote fiel al Papa que bautizara a su última hija en la casa familiar, porque su párroco de San Niceto había prestado el juramento requerido por el gobierno revolucionario, un juramento que socavaba la autoridad de la Iglesia en Francia.

Su vida transcurrió en medio de este clima de inestabilidad civil y durante un período de profundos cambios sociales, en el que llevó a término una obra que fue crucial para la actividad de evangelización. Gracias a todas las referencias con las que contamos, comprobamos que era una joven alegre y vivaz, muy decidida e incluso terca. En su autobiografía –que debe leerse con cautela, ya que Pauline era muy estricta consigo misma– escribe así: «Nací con una imaginación ferviente, una actitud superficial y un carácter violento y perezoso. Habría estado totalmente atada por otras cosas... [pero] Dios me dio un corazón leal, que fácilmente se entregaba a la devoción». Ella estaba muy unida a su hermano Phileas, dos años mayor que ella, que estaba decidido a convertirse en misionero en China. Cuando Phileas anunció su propósito, inmediatamente Pauline le comunicó su intención de ir con él para cuidar de los pobres y los enfermos y arreglar las flores en la Iglesia. Durante su adolescencia y en los primeros años de su edad adulta, era inconstante en sus devociones: en ocasiones vivía momentos de intensa oración, durante los cuales nació su deseo de pasar largas temporadas en la Iglesia ante el Santísimo Sacramento, orando por la intercesión de la Virgen María; pero en otras ocasiones, deseaba participar en eventos mundanos, donde se ponía elegantes vestidos y era admirada y cortejada por jóvenes, fantaseando sobre posibles matrimonios idílicos con ellos. El 16 de abril de 1812, a la edad de trece años, después de una cuidadosa y reverente preparación, recibió su Primera Comunión con grandísima devoción.

Sin embargo, su vida cambió drásticamente a la edad de quince años, después de un incidente doméstico. Estaba haciendo limpieza cuando se cayó de un taburete y se golpeó violentamente en el suelo. La caída dañó seriamente su sistema nervioso, impidiéndola mover correctamente sus extremidades y hablar con normalidad. Aunque los médicos probaron varias terapias, acabaron admitiendo que era imposible encontrar un remedio. Su madre estaba tan preocupada por su salud que también ella enfermó, y su enfermedad empeoró aún más con la noticia de la inesperada muerte de su primogénito Narciso, a la edad de veintiún años. Antoine Jaricot decidió trasladar a su hija a un pequeño pueblo a las afueras de Lyon, con la esperanza de que la separación entre madre e hija pudiera ayudar a ambas a curarse más deprisa. Desafortunadamente, el 29 de noviembre de 1814, murió Jeanne Jaricot. La familia, temiendo que empeorase aún más la salud de Pauline ante la noticia, tomó la decisión de no informarla de la muerte de su madre.

El párroco local invitó a Pauline a reanudar sus prácticas religiosas y ella, libremente, solicitó recibir el sacramento de la reconciliación y la Eucaristía. La experiencia del perdón y el alimento espiritual produjeron un profundo efecto en ella. A partir de ese momento comenzó a recuperar el uso de las extremidades, y cuando decidieron comunicarle la muerte de su madre, admitió que ya lo había sospechado. Tan pronto como logró caminar, pidió ser acompañada a la Capilla Notre-Dame de Fourvière en Lyon, para poder rezar ante la magnífica representación de la Virgen presentando al Niño Jesús al mundo. Desde ese momento Pauline decidió dedicar su vida exclusivamente a servir a

los pobres y enfermos, visitando todos los días los hospitales y las personas incurables, vendando sus heridas y ofreciéndoles palabras de consuelo. Esta ayuda a los necesitados estuvo acompañada por una vida de oración intensa.

Ella recibía todos los días la Eucaristía, e intercedía por la conversión de los pecadores y por la evangelización del mundo. Aumentó muchísimo su devoción al Sagrado Corazón, y pasó a formar parte de la Asociación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Esto la llevó a crear una nueva Asociación llamada Reparation (Reparación), a la que invitaba a asociarse a muchas mujeres de Lyon que trabajaban casi como esclavas en las fábricas de seda de la ciudad. Sus meditaciones ante el tabernáculo la inspiraron a escribir y publicar el libro *El amor infinito a la Divina Eucaristía*, fuente de consuelo y alimento espiritual para muchos.

En ese momento, su hermano Phileas estaba en el seminario de París. Él informó a Pauline de que la Sociedad para las Misiones de París quería enviar sacerdotes a Asia, y le pidió que buscara una manera de recaudar fondos suficientes para garantizar el éxito de esta empresa. Fue en ese momento cuando Pauline tuvo una idea que cambiaría la historia: decidió invitar a cada miembro de la Asociación Reparación a encontrar a diez nuevos miembros para que orasen y ofreciesen una moneda a la semana para la evangelización del mundo, o, como se decía en los tiempos de Pauline, para la propagación de la fe.

Un líder llamado “dizeneire” dirigía un grupo de 10 personas, un “centenaire” dirigía grupos de cien miembros y un “millenaire” dirigía grupos de mil miembros.

La idea era sencilla: orar y recolectar fondos personalmente, creando una red de relaciones personales. El líder de diez se reuniría con sus miembros y recogería las monedas cada semana, el líder de cien las recogería de los líderes de los diez, y por último, el líder de los mil de los líderes de cien. Los considerables fondos recaudados se dividieron y fueron enviados a todo el mundo. La idea se extendió y así se fundó la Obra para la Propagación de la Fe, que pronto se difundió ampliamente fuera de Francia, convirtiéndose en un fenómeno mundial. El 22 de mayo de 1922, el papa Pío XI, decidió declarar la Obra como Pontificia. De esta manera, el Santo Padre quiso expresar su solicitud paternal por las Iglesias locales de las zonas de primera evangelización, que en aquel momento comprendían tanto América del Norte como del Sur, África, Asia y Oceanía.

La reputación de Pauline como una mujer devota y firme en la fe hizo que obtuviese un gran respeto por parte del Santo Padre, de muchos cardenales y obispos, e incluso san Juan Vianney, el cura de Ars, que fue su director espiritual, además de otros santos contemporáneos, algunos de los cuales le pidieron ayuda y consejo. El fundador de la Obra de la Santa Infancia (hoy conocida como Obra Pontificia de la Infancia Misionera o Santa Infancia) se consultó con ella para encontrar la mejor manera de recaudar fondos para los niños en las misiones de los diversos países.

Más tarde, cuando su salud comenzó a empeorar, Pauline decidió hacer una peregrinación a Roma, pero allí cayó enferma. Mientras estaba impedida en la cama en un convento cerca de la «Santissima Trinità dei Monti», en lo alto de la conocida escalinata de la Plaza de España, el Santo Padre la visitó para alentarla y bendecirla. Ella pidió que la llevaran en una silla a Mugnano para rezar ante las reliquias de Santa Filomena y experimentó una curación milagrosa. Su silla de viaje permanece hasta hoy junto a las reliquias de la santa.

A pesar de todos estos enormes éxitos espirituales y misioneros, la vida de Pauline estuvo llena de sufrimientos físicos, emocionales y espirituales. Pauline nunca se planteó la vocación religiosa, pues estaba convencida de que había sido llamada por Dios como mujer laica para dedicar toda su humilde existencia al apoyo de los pobres y de las misiones. Gastó toda su fortuna en construir una fábrica y una ciudad donde los trabajadores recibieran un salario justo, un horario de trabajo humano y ayudas

para sus familias. Sin embargo, el administrador se fugó con el dinero y Pauline, al caer en un estado de miseria, se vio obligada a inscribirse a la lista de los pobres de Lyon para recibir algo de comer. Su amor por Dios, por la Virgen y por las misiones nunca flaqueó. Murió en paz el 9 de enero de 1862 y fue proclamada venerable por el papa Juan XXIII.

El 22 de mayo de 2022, como resultado de un milagro de curación atribuido a su intercesión, fue proclamada beata en Lyon durante una celebración eucarística presidida por el Cardenal Tagle.